



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9767

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SABADO 26 DE MAYO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MME LEONIE BROUTIN

Modista de sombreros de París.

Ha llegado

PLAZA DEL REY, 16, PRAL.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola arados, espino arrial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crooks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

DESDE MADRID

Sr. Director.

Muy Sr. mío: ¡Pobre Ramón!—Uno más de aquella época en que *La Iberia* resultaba un periódico de empuje, en que *El Contemporáneo* hacía las delicias de los que principiaban á entender que la literatura debía intervenir en el periodismo y en que el *Suizo* era el punto de reunión de los literatos y los periodistas.

Uno que se va por el camino que hemos de recorrer todos, sin considerar que la muerte no es ni más ni menos, que la gracia de indulto aplicada á la pena de la vida.

Ramón Rodríguez Correa, evoca en mi espíritu recuerdos de otra época, de una generación que, si no está caduca, comienza á estar vieja.

Por aquellos años el café de la Iberia era eminentemente político; al Suizo íbamos los aprendices de

literato y los periodistas; por entonces el *Doctorcillo*, que había llevado un gabán primero del derecho y luego del revés, sostenía que al invierno siguiente lo *gastaría de punta*; Inza, porque al echar una moneda sobre el marmol de la mesa del café, fue interpelado por el mozo que le decía que era falsa, contestaba: «¿no podría ser falso el velador?» Eusebio Blasco planeaba «El Joven Telémaco»; otro literato ya muerto, tomaba con los dos únicos reales que tenía, una copa de ajonjo, sosteniendo que iba á darle un camelo á su estómago porque se abría el apetito; un distinguidísimo escritor, que ha llegado á representar á su país en el extranjero, tenía mucha hambre y una novia allá en la calle de la Redondilla, y allá á las doce de la noche, hablaba desde la calle con su adorado tormento, que vivía en un piso tercero y la decía:

—Merceditas, échame un alfiler como recuerdo de tu cariño.

—Hijo, con la noche tan oscura no lo vas á ver.

— Pues clávalo en un pan.

Manuel del Palacio hacía telegramas en verso en el periódico *El Pueblo*, López Guíjarro, que entonces era un joven auténtico, tenía un periódico propio; Casabal comenzaba á cantonearse y á escribir artículos de política extranjera; Fabié, principiaba á asomarse á los concubios humanos desde la redacción de *El Contemporáneo*; Paco Sívola, Liniers, Chico de Guzman, Vallejo, Cabanillas, Alberto Aguilera y yo, hacíamos un periódico titulado *El año 61*, en cuya cabeza decíamos modestamente «periódico escrito por lo mejorcito de la presente generación.»

¡Qué años! Ramón Correa imitaba el mono con gran perfección; Manuel Palacio y Narciso Serra hacían un soneto en la flor de un barro; Corradi comenzaba á tefirse el bigote; Fernández de los Ríos publicaba *El Eco de los Folletines*;

González Bravo saludaba á la joven democracia, y Castelar escribía en *La Discusión*.—No se conocían los chicos de la prensa, Campo y Nava, el fundador de el reporterismo español, solía ver alguna vez que otra á algún ministro, á quien hablaba con respeto; un almuerzo en *la rueda*—especie de taberna que había en la calle de Sevilla—era un festín; las posiciones no se improvisaban; á mí me dieron diez mil reales de sueldo, y se creyó que iba á haber barricadas.

Ibamos á cierta reunión célebre que había en Chamberí, y Ramón Correa, modificando el lenguaje, decía que á las tros y *media* era temprano para retirarse, y que él no se iba hasta las cuatro y *calceñin*.

Andando el tiempo toda aquella generación ha llegado á ser algo y cuando muere uno de los que hicimos aquella vida íntima, siempre hay otro ú otros que lo recuerden, y que de paso se dan un baño de cuerpo entero en la juventud que ya pasó.

¿A quién y cuándo le tocará decir dos palabras de mí?

Y no quiero seguir por este camino, para que no me encuentren ustedes demasiado fúnebre, y vamos á otra cosa.

Con el timbre de la administración del correo de El Escorial, recibo la siguiente carta; no sé si será de un jurado auténtico ó de un guasón, pero allá vá.

«Sr. Director de la *Política Europea*.

Muy distinguido señor mío: Acudo á V. rogándole acoja en las columnas de su ilustrada correspondencia, estas líneas en defensa de mi conducta y la de mis compañeros, injustamente censurados con motivo del veredicto, que en des cargo de nuestra conciencia pronunciamos en la causa de «El niño de El Escorial.»

Asombra y altera el ánimo la acerba crítica de que somos objeto, tanto más, cuanto que la formulan

los más ardientes apologistas de la *veneranda é igualitaria* institución, que ha convertido en patrimonio de todos, la misión de administrar la justicia, antes privilegio ó monopolio aprovechado por una clase en perjuicio constante de las demás.

Han olvidado, sin duda, los que tal hacen, que el Jurado procede por *impresión* y por *pasión* á diferencia de los magistrados, cuyo juicio se produce por razón y por crítica, antiguamente incompatibles con los moldes nuevos en que las democracias van vaciando sus instituciones. Y procediendo así por *impresión*, midiendo el valor real de las causas con el metro del Juez de hecho, distinto del que se usa en las soledades del gabinete para medir las pasiones humanas, en contacto con la atmósfera en que surgió y fue desarrollado el crimen, percibiendo directamente la calidad y hasta la cuantía de los estímulos, y las pasiones de los procesados, su situación personal, los errores de su inteligencia, todos los elementos, en fin, que los actuales censores no han podido ni vislumbrar siquiera, hemos dictado el veredicto y respondido en él negativamente á esa pregunta segunda, cuya contestación afirmativa sólo había de esperar con ansiedad el verdugo.

¿Quién puede afirmar con fundamento, que hemos hecho mal, ni que hemos procedido contra los principios informantes de la Institución, y que constituyen los Mandamientos del perfecto jurado? Nadie: quien lo afirmase ignora, que, como dijo un ilustre juradista de nuestro país, el Jurado «analiza poco, hace grandes síntesis, ve el conjunto y descuida los detalles,» y detalles fueron para nosotros las circunstancias contenidas en la célebre pregunta segunda, que ni siquiera tuvimos para que analizar.

No pretendo que se tenga por infalibles á los jurados; pero ¿se

atreverá alguien á declarar que lo eran los acusadores, ó los Magistrados que formularon la pregunta, sin duda, con intención aviesa hacia los procesados? Es fuerte pretensión para sostenida por demócratas, la de que «como dogma se imponga al juicio ajeno la opinión propia interesada.»

En último término: sólo á Dios y á su conciencia, debemos satisfacción de nuestro voto; absolutamente libérrimos para emitirle, como para formar el convencimiento en que descansa, lo mismo hemos podido contestar afirmativa que negativamente á una ó á todas las preguntas contenidas en el veredicto; sin que en caso alguno tengan nuestros conciudadanos, y mucho menos si fuesen juradistas y demócratas, derecho para exigir responsabilidades, ni siquiera para censurar nuestra conducta, perfectamente de acuerdo con los principios fundamentales de la salvadora institución.

Es de V. Sr. Director, muy afectuoso s. s. q. b. s. m.,

Un juradista.

Escorial 20 Mayo de 1894.

Y concluyo esta carta sin hablar de política ni de industria; no todo han de ser ambiciones é intereses materiales, y algo se ha de dar á los recuerdos de otras épocas y á lo que llama la atención del país como sucede con el crimen de El Escorial.

De V. affmo.,

GARCI-FERNANDEZ.

TIJERETAZOS

Ha dicho el Sr. Cánovas del Castillo que el rompimiento comercial con Alemania nos debe importar un bledo, por que más pierde ella que nosotros.

¡Anda, anda!

Y parecía que el Sr. Cánovas era medio alemán y medio español.

La asamblea centralista ha acordado

EL ULTIMO MOHICANO. 603

Los Hurones sorprendidos dieron un grito de desesperación, y sin pensar ya en oponer la menor resistencia buscaron su salvación en la fuga.

Muchos al huir cayeron heridos por las balas de los Delawareos.

No describiremos la entrevista del cazador y de Chingachgook, ni la mas conmovedora de Duncan con el padre de su Alicia. Algunas palabras dichas apresuradamente bastaron para explicarse mutuamente: enseguida Ojo de Halcón presentando el Sagamore á sus guerreros, entregó su mando al jefe Mólcano. Chingachgook se hizo cargo de él, y siguiendo los pasos del cazador atravesó el bosquecillo. Al llegar á una elevación el Sagamore hizo alto con su gente.

Delante de ellos se extendía un valle sombrío. Allí era donde Uncas se batía aun contra el cuerpo principal de los Hurones. El jefe indio solo se detuvo el tiempo necesario para hacerse cargo del lugar del combate, que parecía aproximarse cada vez mas, prueba evidente de que los Delawareos triunfaban.

Ojo de Halcón y sus amigos se ocultaron detrás de los arbustos y esperaron allí los acontecimientos. Poco despues el ruido de las armas cesó. Entonces vieron aparecer algunos Hurones uno tras otro, hasta que se reunieron en bastante número y parecían

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA. 602

ros que resonaban bajo las espesas hóvedas del bosque, hacia el sitio en que Uncas estaba apostado.

Los efectos de este ataque fueron instantáneos. Animando á sus guerreros con la voz y con el ejemplo, Ojo de Halcón dió enseguida la orden de caer sobre el enemigo. Esta maniobra fue ejecutada enseguida y tuvo todo el éxito que se esperaba. Los Hurones se vieron obligados á retirarse, y solo se detuvieron cuando pudieron atrincherarse detrás de una espesa maleza. Pero los Delawareos los siguieron hasta allí y en el ardor de la acometida, dada con la ferocidad propia de los indios, barrieron todo cuanto se oponía á su paso.

Los Hurones se desvandaron para reunirse otra vez en la extremidad opuesta del bosquecillo. Entonces hicieron de nuevo frente á sus enemigos y parecían decididos á defenderse con ese encarnizamiento de las bestias feroces cuando se las quiere arrojar de sus guardas. En aquel momento, cuando la victoria estaba indecisa, sonó un disparo detrás de los Hurones, una bala salió silbando de en medio de algunas viviendas de castores y enseguida se oyó el espantoso grito de guerra.

—Es el Sagamore! dijo Ojo de Halcón repitiendo el grito con su voz de estentor; ahora no se nos escaparán. los tenemos cogidos de frente y por la espalda.

EL ULTIMO MOHICANO. 599

estará en el grande. Los dos juntos son uno solo para los castores.

—Es lo que yo suponía. Guerreros, marcharemos ocultos por el bosque hasta que encontremos la pista de los Hurones.

Viendo que su jefe se preparaba á ponerse de nuevo en marcha, algunos indios le indicaron por señas que pasaba algo extraordinario.

Ojo de Halcón los comprendió, y volviéndose vió que el maestro de canto lo seguía.

—Sabeis amigo, que antes de diez minutos pasaremos por encima del cuerpo de algún Hurón muerto ó vivo?

—Aunque no he sido instruido verbalmente de vuestros proyectos, no ignorais que he viajado algún tiempo con la joven á quien buscáis, y sin ser hombre de guerra me gustaría hacer algo en su favor.

El cazador dudó, pero al fin dijo:

—Como según parece tenéis el don de pasar por enmedio del fuego sin que os suceda nada, y puesto que hasta ahora habeis escapado bien, sois libre de seguirnos; podreis sernos útil cuando lancemos el grito de guerra.

—Amigo os doy gracias, dijo David cogiendo algunos guijarros para utilizarlos como armas arrojadizas, habría tenido un gran pesar si me hubiérais despedido.